

hacia los cuales debemos avanzar, se propone el mestizaje por medio de la afirmación y de la interacción entre las diversas culturas que existen en una misma sociedad. Sólo una acción afirmativa permite trascender las particularidades. La afirmación y por tanto incluso el conflicto entre distintas culturas debe llevar a la adopción y al rechazo de rasgos correspondientes a una y otra de las culturas.

Pero esto último está muy alejado de lo que postulan los autores post-modernos, para los cuales el parámetro de lo que debe ser rechazado o aceptado es el placer. Para los post-modernos, la acción colectiva es imposible porque postulan el individualismo metodológico. La acción colectiva requiere de una coherencia y de una constancia que no aceptan los post-modernos, quienes, como dice Finkelkraut, son los niños mimados de la sociedad de sobre-consumo, que ven esta sociedad como supermercado de productos destinados al placer individual.

La crítica de Finkelkraut a la idea de que todo es cultura, a la ausencia de diferenciación entre cultura y diversión, tiene la misma debilidad. No puede reaccionarse a la manera de Finkelkraut, e intentar subir de nuevo sobre su pedestal a este concepto, de restablecer la dignidad de lo cultural como valor inmutable y universal. Es necesario redefinir el concepto de cultura, en términos de la acción social. Es claro que el placer no puede definir los parámetros de lo que es cultural, no porque las actividades que se confunden con la cultura carezcan de la dignidad de ésta, sino porque la cultura es un hecho social. La acción social, la acción de la sociedad sobre sí misma, no es posible definirla en función de valores u orientaciones individuales. Como ya lo ha propuesto la sociología desde Durkheim, el placer, porque está determinado individualmente, no puede llegar a constituir una norma social. Es necesario definir la cultura en términos de la orientación de la sociedad. Y por ello, además, la cultura no puede solamente referirse al arte, a la música, a la pintura. Todo es cultura, pero no en el sentido de que puede llamarse cultural todo lo que nos produce placer, sino en el sentido de que lo cultural es un concepto globalizante, totalizante, que corresponde a la orientación de la sociedad en su conjunto. La cultura es entonces la *forma* de consumir, la *forma* de producir y de acumular, es la *forma* de conocer y de pensar. Restablecer la dignidad de lo cultural es elevarla del mero consumo de placer, pero no para restringirla al arte, sino para ampliarla a la totalidad de la acción social.

ILÁN BIZBERG

MIGUEL S. WIONCZEK (coord.), *La humanidad frente a la destrucción total*, México, SEP-Cultura, 1985, 231 pp.

Parecería que el mundo contemporáneo se está acostumbrando con inaudita calma a la carrera armamentista, que es primera, principal y tal vez última expresión del conflicto Este-Oeste. Las cifras al respecto se muestran verdade-

ramente aterradoras: existen hoy en el planeta alrededor de 50 000 instrumentos nucleares, suficientes para liquidar a un millón de Hiroshimas y varias veces al mundo entero. Esto lo ha recogido con meridiana claridad el Documento Final del I Periodo Extraordinario de Sesiones de la ONU, dedicado al desarme —“la Biblia del Desarme”, dicen los conocedores— cuando plantea que la existencia de armas nucleares y la continuación de la carrera armamentista constituyen “una amenaza a la supervivencia misma de la humanidad”. Semejante consideración es compartida por la prestigiada publicación *The Bulletin of the Atomic Scientists*, que periódicamente edita en su portada una carátula de reloj indicando, según el agravamiento de las tensiones mundiales y la proliferación de nuevas generaciones de armas, los minutos disponibles de vida antes del colapso final. Si en 1972 éste distaba aún 12 minutos, y en 1980 se encontraba a 7, hoy sólo nos quedan dos minutos para llegar a la hora cero.

Un mínimo instinto de supervivencia ha motivado a diversas personas, organizaciones científicas y políticas y grupos ecopacifistas, a realizar acciones condenatorias de tal situación. En el caso que nos ocupa, para demostrar la aberración política, económica, estratégica, científica e inclusive moral del aumento compulsivo de instrumentos de destrucción en masa, Wionczek presenta esta antología básicamente documental.

La obra se inicia con un breve prólogo de Serafín Domínguez Fermán y prosigue con un prefacio a cargo del compilador. El primer escrito, firmado por Alfonso García Robles, contiene una descripción reflexiva de la larga marcha de las cuestiones sobre el desarme en los organismos multilaterales, especialmente la ONU, a la vez que prevé la inquietante posibilidad de que una guerra nuclear se inicie no tanto por la voluntad de algún dirigente político, sino por errores de la tecnología, que verdaderamente los tiene: “En un periodo de 18 meses, el comando norteamericano de defensa había registrado 147 falsas alarmas nucleares suficientemente serias para requerir una evaluación acerca de si correspondían o no a un ataque potencial. Además, otras cuatro alarmas habían sido mucho más graves y habían requerido que se diera orden a las tripulaciones de los bombarderos B-52 y a las unidades que tienen a su cargo los proyectiles balísticos intercontinentales, de que estuvieran listas para entrar en acción”, dice García Robles citando un informe del Senado estadounidense en 1980. La fuente es poco sospechosa de exagerar tan preocupante realidad.

Más filosófico que su colega, otro experimentado diplomático mexicano, Rafael de la Colina, hace referencia a los clásicos de la guerra; clasifica los diversos tipos de enfrentamientos bélicos, y recuerda algunos episodios importantes en el debate nuclear en los Estados Unidos, enfatizando el llamado de alerta que el presidente Eisenhower formuló a sus conciudadanos acerca de los peligros que entraña la fortaleza del “complejo militar industrial”.

El lector podrá encontrar también varios documentos generados en el ámbito de la ONU. El primero de ellos es el “Análisis de los problemas del desarme”, que recoge las conclusiones de una reunión de la Asamblea General en 1978. Subyace aquí una fuerte crítica al keynesianismo militar que falazmente se ostenta como creador de empleos, y también a la estrategia de con-

trafuerza cuyo objetivo último —y descabellado— sería dotar a quien la desarrolla de los instrumentos para vencer en una guerra nuclear. Otro documento es el que instituye la Campaña Mundial de Desarme, provista de la exigua suma presupuestal de dos millones de dólares anuales, equivalente a los gastos bélicos de un minuto. “La amenaza perpetua a la sociedad humana” es el título que lleva el informe presentado por el Secretario General de la ONU ante la Asamblea General del Organismo en 1980, y que completa los materiales seleccionados. Lúcido en ideas y redacción, el informe condena que la humanidad sea un rehén de las potencias atómicas; llama a la opinión pública mundial a movilizarse para impedir el holocausto, y concluye que “El concepto del mantenimiento de la paz, la estabilidad y el equilibrio mundiales mediante el proceso de disuasión es tal vez la falacia colectiva más peligrosa de la actualidad”.

Asimismo, el libro reproduce el célebre Manifiesto de Russell y Einstein, rubricado en 1955. Sentido y objetivo, pensamiento en torno a la espada de Damocles nuclear, el de estos pensadores daría origen al surgimiento del Movimiento Pugwash que, basado en la premisa de que la ciencia sólo debe usarse en beneficio de la humanidad y nunca para su destrucción, agrupa a más de 2 000 científicos de aproximadamente 60 países —entre ellos 150 premios Nobel— y declara el doble propósito de vigilar las negociaciones entre las potencias y crear actitudes antibélicas en grupos de liderazgo político.

En secciones ulteriores de la obra de Wionczek se incluyen otras manifestaciones de malestar. Por ejemplo, los movimientos pacifistas de Gran Bretaña y Alemania Federal demandan, en una declaración conjunta, la suspensión del emplazamiento de misiles de alcance medio en Europa y, amén de reconocer la responsabilidad europea en las dos guerras mundiales de este siglo, expresan la voluntad de pagar su deuda al mundo mediante la lucha por la paz.

Así también, el primer capítulo del Informe de la Comisión Brandt señala que las armas no están haciendo del planeta un lugar más seguro sino más pobre, en lo que es la conocida relación dialéctica entre desarme y desarrollo. Anota que Estados Unidos y la URSS poseen más de 10 000 bases estratégicas; explica que existen entre 30 y 40 países con capacidad para producir armas de fisión nuclear en los años que nos separan del 2000, y plantea una noción de seguridad vinculada al desarrollo y la prioridad de cuestiones ecológicas.

Conclusiones parecidas se extraen de la lectura de sendos pronunciamientos de la Internacional Socialista (1981) y de la Comisión Independiente de Asuntos de Desarme y Seguridad, llamada también Comisión Palme, en alusión al estadista sueco victimado a principios de 1986. Esta última es especialmente enfática al exponer la inutilidad que reviste la militarización del espacio exterior y recordar la ironía de que “cuanto más nos esforcemos en obtener seguridad contra las amenazas externas, reforzando las fuerzas armadas, tanto más vulnerables nos hacemos a las amenazas internas de fracasos económicos y trastornos sociales”. Un acierto fundamental de la Comisión Palme es su proposición de medidas concretas para avanzar en el desarme, lo que le permite trascender la mera denuncia y vincular, al propio tiempo, la desigualdad

Norte-Sur a la problemática de la paz contemporánea.

Uno de los artículos más interesantes y analíticos del libro es el del embajador norteamericano ante la URSS y connotado soviétólogo, George F. Kennan, "Mr. X", quien acepta que el suyo es el país que ha iniciado siempre la carrera armamentista; se ha negado a declarar que no será el primero en iniciar una guerra atómica y, aún más, empleó la bomba contra "decenas de millares de indefensos civiles" en las aciagas jornadas de Hiroshima y Nagasaki. Con la sospecha manifiesta de que los tratados SALT son inútiles, Kennan propone una reducción inmediata de los arsenales de las dos potencias en todos los renglones: estratégicos, de alcance medio, tácticos y plataformas de lanzamiento. Con todo, las buenas intenciones del autor son sólo eso. En caso de cristalizar su propuesta, el mundo ya no se vería en riesgo de ser destruido por 50 000 explosiones, sino únicamente por 25 000, lo que tampoco, a decir verdad, suena muy alentador.

Otros documentos que incluye el libro tratan la cuestión nuclear desde una perspectiva ético-religiosa. De allí que la Academia Pontificia de Ciencias (parecería existir una contradicción en los términos), convocada por el papa Juan Pablo II, diga, entre otras interesantes consideraciones, que la guerra nuclear es "el mayor problema de índole moral que haya enfrentado la humanidad". En una visión todavía más politizada y saludablemente crítica, los obispos norteamericanos consideran incompatible la máxima toral del cristianismo —"amar al prójimo como a la propia persona"— con el chantaje belicista; evaden el anticomunismo característico de la Iglesia en otras latitudes, y ofrecen apoyo a aquellos creyentes que, en conciencia, decidan desvincularse de actividades relacionadas con la industria de la muerte en Estados Unidos. Después de todo, los clérigos firmantes de la carta son también quienes se encuentran involucrados en el esfuerzo ecuménico del movimiento "Santuario", protector de los derechos de los refugiados centroamericanos en ese país.

El libro prosigue con un par de manifiestos de los científicos soviéticos y del Movimiento Pugwash acerca de los peligros de una confrontación nuclear.

Completan la obra un mensaje del Alcalde de Hiroshima leído en el XXXVIII aniversario de la destrucción de esa ciudad, y tres documentos en los cuales el Grupo de los Seis, formado por los jefes de Estado y de gobierno de Argentina, Grecia, India, México, Suecia y Tanzania, llama a las superpotencias a suspender los ensayos nucleares, así como a concluir tratados sobre la prohibición efectiva de armas atómicas.

En suma, los materiales reunidos por Wionczek cumplen la función de poner al alcance del público un amplio abanico de perspectivas acerca del problema por excelencia del fin de siglo, cuya solución es reclamada por la comunidad internacional como parte de una historia posible y necesaria.

Tal vez el estudioso dedicado al tema no halle en este libro aportaciones teóricas sensacionales ni cifras exhaustivas. Encontrará, en cambio, ideas que, debidamente articuladas, podrían proporcionar una visión más integral de la paranoia atómica.

*La humanidad frente a la destrucción total* con todos sus méritos, no incluye,

sin embargo, algún ensayo que se aventure a explicar la razón última de la carrera armamentista, esto es, que identifique a los grupos económico-políticos concretos que la mantienen y fomentan.

Es cierto: todo o casi todo se ha dicho sobre la amenaza nuclear que marca, estrecha y pone en suspenso el destino del hombre. Nunca será ocioso, empero, recordar su sombría presencia, máxime cuando la mercadotecnia del poder quisiera seducir al mundo con la noción de una guerra nuclear "limitada", susceptible de arrojar un solo —quimérico— vencedor.

JOSÉ LUIS LEÓN M.

B. BALASSA, G.M. BUENO, P.P. KUCZYNSKI, M.H. SIMONSEN (eds.), *Toward Renewed Economic Growth in Latin America*, Washington, Institute for International Economics, 1986. (Coeditado por El Colegio de México y la Fundación Getulio Vargas.) Resumen en español: *Hacia una renovación del crecimiento económico en América Latina*, México, El Colegio de México, 1987.

Este trabajo con tan ambicioso título y tan prestigiados autores plantea como base para la recuperación del crecimiento económico tres elementos fundamentales: la orientación hacia el exterior de la política económica, la elevación del nivel de ahorro y su asignación más eficiente, y una reorientación del papel del gobierno en la vida económica. Como cuarto elemento se plantea que "los Estados Unidos y otros países industriales deberán adoptar políticas que apoyen la estrategia propuesta. . . mediante. . . un crecimiento económico. . . de por lo menos el 3% anual, . . . una renovada liberalización del comercio, . . . nuevos descensos en las tasas de interés real a través de reducciones en los excesivos déficit presupuestales . . . [y] aportaciones sustanciales de nuevos fondos. . . provenientes del sector privado y, . . . a corto plazo, del Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo".

El trabajo plantea una discusión de las políticas económicas de tipo monetario, fiscal y comercial. Se concede un fuerte énfasis tanto a la liberalización del comercio exterior como a la "desregulación" de la actividad económica, subrayándose el elevado costo del burocratismo para la actividad económica privada. Sobresale la atención que se concede a elementos económicos tradicionales, como la necesidad del manejo adecuado del tipo de cambio y la necesidad de incrementar el nivel de ahorro de los países de la región. Igualmente, los autores proponen una mayor apertura comercial y un papel significativamente mayor para la inversión extranjera en la región, como fórmula para la recuperación económica. Se plantea, al mismo tiempo, una "reducción y redirección drástica" del sector público.

Los autores en general creen que es posible para América Latina incrementar sus exportaciones y basar su crecimiento en una estrategia orientada a la exportación, a pesar del proteccionismo de los países avanzados. Sugieren